

á presentarse ante los primeros reyes de la tierra bajo las bóvedas del Louvre. Vestida ya, y á manera de Reina, mandó leer su testamento en presencia de todos sus servidores, á quienes confió las cartas últimas que habia escrito y los últimos encargos que habia hecho á los poderosos del mundo. Las postreras prendas que le quedaban, sus anillos, sus pendientes, sus alfileres, las joyas preciosísimas con que tantas veces habia prendido sus vestiduras y adornado sus gracias, las repartió entre los suyos proporcionalmente al par de algunos diminutos bolsillos, donde habia encerrado en pequeñas distribuciones los cinco mil escudos, que le quedaban, resto postrero de su régia y colosal fortuna. En esta operacion tristísima, en este reparto de todos los despojos de su existencia, en esta desligacion y corte de los últimos lazos que la ceñian y ataban á la vida, en esta hora suprema; cuando cortaba el cable con que nuestro cuerpo se halla unido á la tierra para hundirse, jóven todavía, en la eternidad; ni un gesto de disgusto, ni un asomo de miedo, ni un estremecimiento de terror, ni una sacudida siquiera de nervios, como si en vez de irse á morir, fuese tan solo á natural mudanza de hogar en las continuas y necesarias trasformaciones de la vida.

Sus verdugos consintieron, por fin, que se le dejase un altar, aunque no habian consentido en dejarle un confesor, arrebatado finalmente á su agonía. Hincóse al pié del ara, y recitó las oraciones de los moribundos, encomendando su alma con fervor á Dios. Sumergida estaba en los apocalípticos pensamientos, que despierta la consideracion del último juicio; sus ojos absortos se fijaban, como si quisieran adivinarlos, en los misterios de la eternidad que le aproximaba con su sonido siniestro la campana de los altos torreones, resonando en sus oidos á manera de sobrenaturales voces; y no habia rezado todo el oficio de difuntos, cuando llamaron á la puerta y la requirieron para que se apresurase, pues iban á dar las ocho, suprema y última hora de su trágica existencia. María observó que no estaba concluido el rezo comenzado, y pidió varios momentos de respiro. Pocos le concedieron, pues, pasados algunos minutos, entró el *scharif* para notificarle, sin vacilacion, que todo estaba pronto. María se volvió con majestuoso continente y encaminó sus pasos al patíbulo. Entonces uno de sus servidores cogió místico crucifijo de marfil, colocado sobre las aras de aquel sublime altar, y se lo acercó á los

labios que lo besaron fervorosos, y despues de haberlo besado, mandó María que lo llevaran delante de su cuerpo vivo cual si ya estuviese acabado y muerto. Siguiéronla en tropel sus servidores, dando alaridos, como si creyeran ablandar el corazon de sus verdugos al mismo tiempo que desahogaban su propio corazon; pero, al llegar al fin de los apartamentos y al comienzo de la escalera que ligaba el piso de su calabozo con el piso inferior donde habian levantado el patíbulo, los oficiales de la corona y los Lores de la nacion mandados allí para presenciar y testificar el terrible acto, aparecieron frios como estatuas, severos como la triste razon de Estado, indiferentes como la letra muerta de las leyes, vestidos rigurosamente de etiqueta cual si fuesen á una fiesta, contrastando con su serenidad y con su paz británicas, el llanto y el dolor de la servidumbre escocesa, sumergida toda ella en lágrimas y profiriendo alaridos mayores á medida que se acercaba con mas firme paso la hija de sus reyes á las tablas de su patíbulo. Para cortar aquel horroroso espectáculo decidieron Lores y oficiales que no pasase la servidumbre del primer peldaño en la escalera. María se despidió de todos, aunque ninguno queria dejarla partir, y muchos se precipitaban á sus piés, como para cortarle con sus cuerpos el paso é impedirle así la proximidad al suplicio. Pocas veces habia estado aquella hermosísima mujer tan hermosa. Aun los que con peores ojos la miraban dicen como los habia subyugado con su porte tranquilo y su soberana majestad. La luz de su vida lanzaba los mas vívidos resplandores en la hora de su ocaso como las estrellas. La dulzura femenil habia prevalecido sobre todos sus sentimientos y parecia compadecer á los que ordenaran su muerte y á los que iban á matarla. Su libro de rezos en la diestra, su crucifijo de marfil en la siniestra mano, su traje de brocado violeta en el cuerpo, su corpiño de raso negro en la cintura, su collar de oro á la garganta, sus rosarios á un lado, su manto negro rozagante y recamado de blanco armiño, el cuello alto de rica blonda, las mangas perdidas rozándole con el extremo de la vestimenta, el velo alto y transparente que la envolvía, dábanle como aspecto de una sacra efigie que volviese de un panteon á la vida ó de una régia mártir que se levantase con todos los esplendores del poder en los limbos de la muerte, representando en verdad algo de tan extraordinario y extraño como aquella extraña y extraordinaria catástrofe.

En la escalera encontró al jefe de su casa, y dióle, como encargo último, el anunciar la muerte suya, y ¡qué clase de muerte! al Rey su hijo. Al acordarse del régio unigénito, á quien le habia dado con la existencia dos coronas, acordóse de su real ministerio en lo pasado, y juró por Dios y su conciencia, no haberlo disminuido ni amenguado por modo alguno en la menor de sus altas prerogativas. Llegada la infeliz al ingreso del salon reclamó que los suyos la siguiesen y la acompañasen hasta el momento postrero de trance tan fatal. Quisieron negarse, pero temerosos de faltar á los mas rudimentarios respetos, consintieronle que seis de su servidumbre pasaran. El jefe de la casa pidió el honor de llevar la cola del régio vestido, como en los dias de mayor gala y ceremonia; y este honor le fué inmediatamente consentido. Ascendió, pues, María con tanta majestad y desembarazo al patíbulo, donde el verdugo la esperaba, como hubiera podido ascender allá en sus mocedades al elevado solio, donde la esperaba su apuesto y jóven esposo el Rey de Francia. Abovedado aquel salon, con estrechas ventanas, tenia una luz crepuscular, muy semejante de suyo al anochecer en la vida. Levantábase dos piés el tablado sobre aquellos pavimentos de granito, y estaba cubierto con negro y burdo tapiz de lana. Veíase á un lado el cojn de terciopelo, donde la Reina habia de hincar sus rodillas; y el tajo siniestro, donde habia de alargar al cuchillo la garganta. Frente á frente de ella alzabase, vestido de terciopelo negro, el verdugo; y al encontrarse cara á cara con él, no dió muestras de repugnancia ni tampoco hizo gesto alguno de terror. Mas viva, mas serena, mas señora de sí misma, cuanto mas á la muerte se iba tristemente acercando, parecia reinar en el cadalso lo mismo que habia reinado en el trono. Sentóse con majestad en sillón que le tenian aparejado á fin de aguardar allí los últimos preparativos del sacrificio, y diríase que aguardaba una régia ceremonia, segun lo majestuoso de su porte y lo tranquilo de su rostro. Los dos Lores enviados por Isabel estaban á su derecha en dos taburetes, el verdugo á su frente, el escribano á su izquierda, á sus espaldas la servidumbre, y en torno doscientos señores de las cercanías, contenidos, para que no extremasen su curiosidad y no metiesen ruido, por varios alabarderos armados de relucientes alabardas. Leyeron entonces la fatal sentencia; y María estaba de tal suerte absorta en sí misma, que diríase no haberla oido, como diríase, al verla entrar

tan serena, que no habia pisado las tablas del cadalso ni habia visto la figura del verdugo.

Sin embargo, escuchó, y aun reflexionó, porque, al concluirse la lectura, protestó de nuevo contra la jurisdiccion usurpadora de sus jueces, ejercida sin derecho sobre una soberana independiente, y tomó á Dios por testigo, en aquel trance último y supremo, en que no se miente, para decir como jamás conspirara contra la vida de Isabel. Concluida esta justificacion terrenal, cruzó las manos sobre su pecho, elevó los ojos al cielo y se puso á rezar los rezos católicos, únicos, en verdad, que podian procurarle consuelo y fortaleza en los últimos minutos de su combatida existencia. Mas como quiera que los ánimos del tiempo aquel fuesen todos por igual intolerantes y crueles, no quisieron los caballeros luteranos respetar la conciencia en el momento mismo de acercarse á la eternidad, y la requirieron bárbaramente, por medio de un pastor protestante, á que muriera en el Protestantismo, tan repulsivo á su corazon y tan opuesto y contrario á su historia. Entonces María, en la plenitud completa de sus facultades y en contestacion correspondiente á tal atentado, dijo que mal podia en aquel momento abrazar cualquier otra religion cuando iba por eleccion de Dios á ser mártir verdadera de la Iglesia católica y de sus dogmas sacrosantos. Continuó, pues, rezando por su alma, segun la liturgia católica, y empezaron á rezar tambien los Lores protestantes, segun su propia liturgia. Y aquellas dos oraciones, diversas y opuestas, que tanto se habian combatido desde los altos tronos y tanta sangre habian derramado en los campos de batalla, uniéronse ambas, sin duda, en los senos del mismo Dios y en las profundidades del mismo cielo. Púsose María de hinojos y besó la imágen de Cristo con fervor. Una vez besada la sacratísima efigie, creyó que ninguna oracion podia ser tan acepta como la oracion dicha en las aras mismas del sacrificio y pidió á Dios que concediese paz al mundo, consuelo á los afligidos, salud á los enfermos, conformidad á los atribulados, perdon á sus perseguidores, fe á los perseguidos, auxilios al Papa, victorias á la Iglesia, próspero y justo reinado á su hijo, luz á la Reina, religion á Inglaterra; y abriendo los brazos como Cristo los abriera en la cruz, apercibióse al sacrificio con tal efusion y caridad y amor, que todos los circunstantes lloraron de sincero é ingenuo dolor y hasta cayeron algunos derribados en el

suelo y cubriéndose con las manos el rostro cual si no pudiesen resistir el albor de la eternidad que reverberaba ya en las sienas de aquella Reina mártir.

Concluida la oracion levantóse del suelo y dió los dos pasos necesarios para ponerse junto al tajo. El verdugo se acercó á María en aquel momento para desnudarle la garganta; y díjole con dulzura, que tenia dispuestos otros ayudas de cámara. Llamó á sus dos azafatas predilectas, que la descñeron jubon, cuello y corpiño, llorando y sollozando. La Reina misma las confortaba y les ponía sus dedos sobre los labios diciéndoles que no era ocasion aquella de llorar, sino de sonreírle y envidiarla y regocijarse, cuando la veían romper las cadenas del mundo y salir de su abrumador cautiverio. Despojada de manto, velo, y cuello, volvióse á los suyos y les dió su bendicion. Al verla, el verdugo soltó el hacha que tenia en las manos y le dijo que no podía matarla sin contar antes con su perdon. Díósele con serenidad á él y á todos cuantos le habian hecho daño; cerró por última vez los ojos á la luz cubriéndolos con el pañuelo apercebido para tan triste caso; arrojóse de rodillas al suelo; cogió entre las manos el Crucifijo; y aguardó erguida la muerte. No habia medio de matarla con el hacha como no doblase la cerviz y pusiese la cabeza sobre el tajo, pues cual un tallo robusto, que desafía la tempestad, manteníase la majestuosa soberana erguida con altivez en tan supremo instante. El verdugo le advirtió que debía bajar la cabeza, y bajóla, gritando como náufrago que para siempre, allá en los abismos del mar se sumerge: «Dios mio, en tus manos encomiendo mi alma.» El verdugo estaba de tal suerte perturbado y tenia la mano tan poco firme y segura que no acabó con ella como debió acabar del primer golpe; antes por el contrario la hirió en la nuca horriblemente, dándole, sí, un gran dolor, pero sin darle por modo alguno la muerte. El valor heróico de María llegó al extremo de no hacer un estremecimiento, ni proferir un quejido, aguardando con toda serenidad en horribles angustias á que secundasen el golpe. Lo secundó el verdugo, y la hermosa cabeza cayó sobre las tablas. María es respecto á la revolucion religiosa lo que fueron Cárlos I y Luis XVI respecto á la revolucion política. Los reyes se acongojaron y el mayor de todos ellos, Felipe II, envió la armada invencible contra la Reforma, como habian de mandar mas tarde los reyes europeos sus coaliciones contra la revolucion francesa. El viento de los cielos

dispersó nuestra escuadra; y perdimos bajo el cadalso de María Estuardo la primera armada que habia visto nuestra historia y que todavía llevaba en sus topes los laureles de Lepanto. A consecuencia de todo esto la revolucion espiritual se consolidó en Escocia, Inglaterra, Holanda, Suecia, Dinamarca y el Norte de Alemania. Con Felipe II la reaccion habia llegado á su mayor pujanza y con la derrota de Felipe II la revolucion á su mayor victoria.